

bray, ministro de la Justicia, y el abate Luis, ministro de Hacienda.

El 21 de octubre presentó el abate de Montesquiou la primera ley sobre la prensa, ley que sometía á la censura todo escrito de menos de veinte hojas de impresión: Mr. Guizot elaboró esta primera ley de libertad.

Carnot dirigió una carta al rey, en la que confesaba que los Borbones *habían sido recibidos con alegría*; pero no teniendo cuenta alguna ni con la brevedad del tiempo ni con lo que la carta concedía, daba consejos atrevidos, lecciones altaneras: todo esto no vale nada cuando se debe aceptar el rango de ministro y el título de conde del imperio; nada conviene mostrarse fiero hácia un príncipe débil y liberal, cuando se ha estado sumiso ante un príncipe violento y despótico; cuando, máquina gastada del terror, se ha encontrado insuficiente para el cálculo de las proporciones de la guerra napoleónica. En respuesta hice imprimir las *Reflexiones políticas*, que contienen la sustancia de la *monarquía según la Carta*. Mr. Lainé, presidente de la cámara de los Diputados, habló al rey de esta obra con elogio, y el rey parecía siempre encantado de los servicios que yo tenía el honor de prestarle: el cielo parecía haberme echado sobre los hombros la dalmática de heraldo de la legitimidad; pero mientras más éxito tenía la obra, menos agradaba el autor á S. M. Las *Reflexiones políticas* divulgaron mis doctrinas constitucionales, y la corte recibió con ellas una impresión que no ha podido borrar mi fidelidad á los Borbones. Luis XVIII decía á sus familiares: — Guardáos de admitir jamás á un poeta en vuestros negocios, pues todo lo perderá; esas gentes no son buenas para nada.

Una fuerte y viva amistad llenaba entonces mi corazón: la duquesa de Duras tenía la imaginación, y aun algo en el semblante, de la expresión de madama de Stael, y bien ha podido juzgarse de su talento de autor por *Ourika*. Vuelta de la emigración, encerrada durante muchos años en su castillo de Ussé, á orillas del Loira, oí hablar de ella por la vez primera en los hermosos jardines de Mereville, después de vivir en Londres junto á ella sin haberla encontrado. La duquesa vino á París para la educación de sus encantadoras hijas, Felicia y Clara, y relaciones de familia, de provincia, de opiniones literarias y políticas, me abrieron la puerta de su sociedad. El calor del alma, la nobleza del carácter, la elevación de ánimo, la generosidad de sentimientos, hacían de ella una mujer superior. Al principio de la restauración me tomó bajo su protección, pues á pesar de lo que yo había hecho por la monarquía legítima y los servicios que Luis XVIII confesaba haber recibido de mí, había sido tan alejado de todo, que ya pensaba en retirarme á Suiza.

Tal vez hubiera hecho bien; en esas soledades que Napoleón me había destinado como á su embajador en las montañas, ¿no hubiera sido mucho más feliz que en el palacio de las Tuillerías? Cuando entré en los salones, á la vuelta de la legitimidad, me hicieron una impresión casi tan penosa como el día en que vi en ellos á Bonaparte dispuesto á matar al duque de Enghien. Mad. de Duras habló de mí á Mr. de Blacas, que respondió que yo era libre de ir donde quisiera; pero tal fue el interés de Mad. de Duras, y tal valor tenía para sus amigos, que se desenterró una embajada vacante, la de Suecia. Cansado ya Luis XVIII de mi ruido, estaba muy contento con hacer de mí un presente á su buen hermano el rey Bernadotte. ¿No se figuraba este que me enviaban á Stockolmo para destronarlo? ¡Oh! ¡Yo no destrono á nadie, príncipes de la tierra; guardáos vuestras coronas, si podeis, y sobre todo no me las deis, porque yo no quiero ninguna!

Mad. de Duras, mujer excelente, que me permitió

llamarla hermana, á quien tuve la dicha de ver en París durante muchos años, ha ido á morir á Niza otra llaga más abierta. La duquesa de Duras conocía mucho á Mad. de Stael, y á la vuelta de Mad. de Recamier de Italia saludé este nuevo socorro que llegaba á mi vida.

EXHUMACION DE LOS RESTOS DE LUIS XVI.—PRIMER 24 DE ENERO EN SAINT-DENIS.

El 30 de diciembre del año 1814, las cámaras legislativas fueron aplazadas al 1.º de enero de 1815, como si se las hubiera convocado para la asamblea del campo de mayo de Bonaparte. El 18 de enero fueron exhumados los restos de María Antonieta y de Luis XVI, y yo asistí á esta exhumación en el cementerio donde Fontaine y Percier, á imitación de una iglesia sepulcral de Rimini, han elevado después, á la piadosa voz de la señora Delfina, el monumento tal vez más notable de París. Este claustro, formado de un encadenamiento de sepulcros, hiera la imaginación y la llena de tristeza. En el libro IV de estas *Memorias* he hablado de las exhumaciones de 1815: en medio de las osamentas, reconocí la cabeza de la reina por la sonrisa que esa cabeza me había dirigido en Versalles.

El 21 de enero se puso la primera piedra de la base de la estatua que debía erigirse en la plaza de Luis XV, y que jamás lo ha sido. Yo escribí la pompa fúnebre del 21 de enero, y decía: — «Esos religiosos que salieron con la oriflama al encuentro de San Luis, no recibirán al descendiente del santo rey. ¡En estas moradas subterráneas donde dormían esos reyes y esos príncipes anonadados, solo Luis XVI se encontrará solo!... ¿Cómo se han levantado tantos muertos? ¿Por qué está desierto Saint-Denis? Preguntémos más bien ¿por qué está establecido su techo, por qué su altar está en pie? ¿Qué mano ha reconstruido la bóveda de estas cuevas y preparado estas tumbas vacías? La mano de ese mismo hombre que estaba sentado sobre el trono de los Borbones. ¡Oh, Providencia! El creía preparar sepulcros á su raza, y no hacía más que edificar la tumba de Luis XVI.»

Por mucho tiempo he deseado que la imagen de Luis XVI fuese colocada en el mismo sitio en que el mártir derramó su sangre: mas ya no será de esta opinión. Es preciso elogiar á los Borbones por haber pensado en Luis XVI desde el primer momento de su vuelta, pues debían tocar su frente con sus cenizas antes de ceñirse su corona en las sienas. Ahora creo que no hubieran debido ir más lejos. No fue en París, como en Londres, una comisión la que juzgó al monarca, sino la Convención entera; de aquí la reconvencción anual que una ceremonia fúnebre repetida parecía hacer á la nación, representada en apariencia por una asamblea completa. Todos los pueblos han fijado aniversarios á la celebración de sus triunfos, de sus desórdenes ó de sus desgracias, porque todos han querido igualmente guardar la memoria de los unos y de los otros: nosotros hemos tenido solemnidades para las barricadas, cánticos para la Saint-Barthelemy, fiestas para la muerte de Capeto; ¿pero no es notable que la ley sea impotente para crear días de recuerdo, al paso que la religión ha hecho vivir de edad en edad el santo más oscuro? Si los ayunos y las oraciones instituidas por el sacrificio de Carlos I duran todavía, es porque en Inglaterra el estado une la supremacía religiosa á la supremacía política, y en virtud de esa supremacía, se ha hecho día *feriado* el 30 de enero de 1649. En Francia no sucede lo mismo: Roma solo tiene el derecho de ordenar en puntos de religión; pues entonces, ¿qué es una ordenanza que un príncipe publica: un decreto que una asamblea política promulga, si otro príncipe ó otra asamblea

tienen el derecho de anularlos? Pienso, pues, hoy, que el símbolo de una fiesta que puede ser abolida, que el testimonio de una catástrofe trágica no consagrada por el culto, no está convenientemente colocado en el camino por donde la muchedumbre pasa distraída en sus placeres. En el tiempo actual, sería de temer que un monumento elevado con el objeto de expresar el horror de los excesos revolucionarios excitase el deseo de imitarlos: queriendo perpetuar el horror, muchas veces no se hace más que perpetuar el ejemplo. Los siglos no adoptan los legados de luto, pues tienen bastante motivo presente para llorar, sin encargarse además de verter lágrimas hereditarias.

Al ver el carro fúnebre que conducía los restos de la reina y del rey, me sentí sumamente afectado, y lo seguí con la vista con un presentimiento funesto. En fin, Luis XVI tomó su puesto en Saint-Denis, y Luis XVIII por su parte durmió en el Louvre: los dos hermanos comenzaban juntos otra era de los reyes y de los espectros legítimos: vana restauración del trono y de la tumba, cuyo doble polvo ha barrido ya el tiempo.

Ya que he hablado de estas ceremonias fúnebres, os diré el mareo de que estaba agitado y oprimido cuando, concluida la ceremonia, me paseaba por la tarde en la Basílica, medio descolgada ya. Que pensaba en la vanidad de las grandezas humanas entre aquellas tumbas devastadas, era cosa corriente, moral vulgar que nacía del espectáculo mismo; pero mi ánimo no se detenía aquí, y penetraba hasta en la naturaleza del hombre. ¿Es todo vacío y ausencia en la región de los sepulcros? ¿No hay nada en ese nada? ¿No hay existencias de nada, pensamientos de polvo? ¿Esas osamentas no tienen modos de vida que se ignoran? ¿Quién sabe las pasiones, los placeres, los abrazos de esos muertos? ¿Las cosas que han soñado, creído y esperado, son como ellos, idealidades reventadas y confundidas con los mismos? Sueños, porvenir, alegrías, dolores, libertad y esclavitud, poderes y debilidades, crímenes y virtudes, honores é infamias, riquezas y miserias, talentos, genios, inteligencias, glorias, ilusiones, amores, ¿sois percepciones de un momento, percepciones pasadas con los cráneos destruidos en los cuales se engendraron, con el seno anonadado donde en otro tiempo latió un corazón? ¿En vuestro eterno silencio, ¡oh tumbas! si sois tumbas, no se oye más que una risa burlona y eterna? ¿Esa risa, es el Dios, la única realidad que sobrevivirá á la impostura del universo? Cerremos los ojos: llenemos el abismo desesperado de la vida con estas grandes y misteriosas palabras del mártir: — «Soy cristiano.»

LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte había rehusado embarcarse en un buque francés, no haciendo entonces caso más que de la marina inglesa, porque era victoriosa: había olvidado su odio, las calumnias y los ultrajes que hiciera á la pérdida Albion, y como no veía digno de su admiración más que al partido triunfante, se embarcó en el *Undaunted*, que lo transportó al puerto de su primer destierro. No estaba sin inquietud sobre la manera con que sería recibido, pues dudaba que la guarnición francesa le entregase el territorio que custodiaba. De aquellos insulares italianos unos querían llamar á los ingleses, los otros permanecer libres de todo señor, y la bandera tricolor y la blanca ondeaban sobre algunos cabos cercanos. Todo se arregló, sin embargo. Cuando se supo que Bonaparte llegaba con millones, los pareceres se decidieron generosamente á recibir á la *augusta víctima*, y las autoridades civiles y religiosas fueron arrastradas á la misma convicción. José Felipe Arrighi, vicario general, pu-

blicó un decreto, en que decía: «La Divina Providencia ha querido que fuésemos en lo sucesivo súbditos de Napoleón el Grande. La isla de Elba, elevada á un honor tan sublime, recibe en su seno al ungido del Señor. Ordenamos que se cante un solemne *Te-Deum* en acción de gracias, etc.»

El emperador había escrito al general Damesme, comandante de la guarnición francesa, que hiciese conocer á los naturales que había *elegido* su isla para su residencia, en consideración á la dulzura de sus costumbres y de su clima. Saltó á tierra en Porto-Ferrajo, en medio del doble saludo de la fragata inglesa que le llevaba y de las baterías de la costa. Desde allí fue conducido bajo el palio de la parroquia á la iglesia, donde se cantó el *Te-Deum*. El bedel, maestro de ceremonias, era un hombre pequeño y obeso, que no podía abarcarse el vientre con los brazos. Napoleón fue conducido en seguida al corregimiento donde estaba preparada su habitación, y se desplegó el nuevo pabellón imperial, fondo blanco atravesado con una banda roja sembrada de tres abejas de oro. Tres violines y dos contrabajos le seguían con rechinnamientos de gozo. El trono levantado apresuradamente en el salón de los bailes públicos, estaba decorado con oropel y girones de escarlata: el lado cómico de la naturaleza del prisionero se arreglaba muy bien con todo esto. Formó su servidumbre, que se componía de cuatro gentiles-hombres, tres oficiales de órdenes y dos furrieres del palacio, declarando que recibiría á las damas dos veces por semana, á las ocho de la noche. En seguida dió un baile, y se apoderó, para residir en él, del pabellón de los ingenieros militares. Bonaparte encontraba sin cesar en su vida las dos fuentes de que había salido; la democracia y el poder real: su poder venía de las masas ciudadanas; su rango de su genio; por eso se le ve pasar sin esfuerzo de la plaza pública al trono, de los reyes y de las reinas que se apiñaban enredador suyo en Erfurt á las panaderías y aceiteras que bailoteaban en su granja en Porto-Ferrajo. A las cinco de la mañana, con medias de seda y zapatos de hebilla, iba á presidir las obras de albañilería que mandaba hacer en la isla.

Establecido en su imperio, inagotable en acero desde el tiempo de Virgilio,

Insula in exhaustis chalybum generosa metallis.

Bonaparte no olvidaba los ultrajes por los que acababa de atravesar, ni había renunciado á desgarrar su sudario; pero le convenía parecer sepultado y hacer solo alrededor de su monumento alguna aparición de fantasma. Por esta razón, y como si no pensase en otra cosa, se apresuró á bajar á sus criaderos de hierro cristalizado y de iman, de modo que se le hubiera tomado por el antiguo inspector de las minas de su actual Estado. Arrepintiéndose de haber afectado en otro tiempo la renta de las fundiciones de *Illua* á la legión de honor, y quinientos mil francos le parecían valer mucho más que una cruz bañada en sangre sobre el pecho de sus granaderos: — «¿Dónde tenía yo la cabeza? dijo; he dado muchos decretos estúpidos de esta naturaleza.» Hizo un tratado de comercio con Liorna y se proponía hacer otro con Génova, y valiera lo que valiese, emprendió cinco ó seis toesas de carretera, y trazó la colocación de cuatro grandes ciudades, como Dido designó los límites de Cartago. Filósofo arrepentido de las grandezas humanas, declaró que quería vivir como un juez de paz en un condado de Inglaterra; y sin embargo, al subir una montaña que domina á Porto-Ferrajo, á la vista del mar, que la rodeaba por todas partes, se le escaparon estas palabras: — «¡Diablo! preciso es confesar que mi isla es muy pequeña.» En algunas horas hubiera podido visitar todos sus dominios. Quería agregar á la

isla una roca llamada *Pianosa*, y dijo riendo: «La Europa va á acusarme de haber hecho ya una conquista.» Las potencias aliadas se gloraban de haberle dejado por irrisión cuatrocientos soldados; pero no necesitaba mas para llamar á todos los otros bajo su bandera.

La presencia de Napoleon en las costas de Italia, que habia visto comenzar su gloria y que conserva su recuerdo, todo lo agitaba. Murat era vecino, y sus amigos llegaban pública ó secretamente á su retiro: su madre y su hermana, la princesa Paulina, le visitaron, y pronto esperaban ver llegar á María Luisa y á su hijo. En efecto, apareció una mujer y un niño, y recibida con gran misterio, fue á morar en una villa retirada en el rincón mas remoto de la isla.

Si nosotros hubiéramos sido menos confiados, fácil nos habria sido descubrir la aproximacion de una catástrofe. Bonaparte estaba demasiado cerca de su cuna y de sus conquistas, y su isla fúnebre debía estar mas remota y rodeada de mas olas. No se explica cómo los aliados imaginaron relegar á Napoleon sobre las rocas en que debía hacer el aprendizaje del destierro. ¿Podía creerse que á la vista de los Apeninos, que al olor de la pólvora de los campos de Montenotte, de Arcole y de Marengo, que al descubrir á Venecia, Roma y Nápoles, sus tres bellas esclavas, no se apoderasen de su corazón las tentaciones mas irresistibles? ¿Habíase olvidado que Bonaparte tenia en todas partes admiradores y obligados, unos y otros sus cómplices? Su ambición estaba decaída, pero no apagada, y el infortunio y la venganza reanimaron sus llamas. Cuando el príncipe de las tinieblas, desde la orilla del universo creado, apercibió al hombre y al mundo, resolvió perderlos.

Antes de estallar, el terrible cautivo se contuvo por algunas semanas. Su genio negociaba una fortuna ó un reino, y los Fouché y los Guzman de Alfarache pululaban por todas partes. El gran actor habia introducido el melodrama en su policía, reservándose la alta escena, y se divertía con las víctimas vulgares, que desaparecían detrás de los telones de su teatro.

El bonapartismo, en el primer año de la restauracion, pasó del simple deseo á la accion, á medida que sus esperanzas crecieron y que hubo conocido mejor el carácter débil de los Borbones. Bajo la hábil administración de Mr. Ferrand, Mr. de Lavalette llevaba la correspondencia y los correos de la monarquía y los despachos del imperio. Nada se ocultaba ya: las caricaturas anunciaban una vuelta deseada, y se veían entrar águilas por las ventanas del palacio de las Tullerías, por cuyas puertas salía una manada de pavos.

Las advertencias llegaban de todas partes, y no se queria creer en ellas, ó inútilmente el gobierno suizo habia prevenido al del rey de la actitud de José Bonaparte, retirado en el país de Vaud. Una mujer que llegaba de Elba daba los detalles mas circunstanciados de lo que pasaba en Porto-Ferrajo, y la policía la metió en la cárcel; teniase por cierto que Napoleon no se atrevería á intentar nada antes de la disolucion del congreso, y que, en todos casos, sus miras se dirigirían hácia Italia. Otros, mas avisados aun, hacían votos porque el *cabo de escuadra, el prisionero*, abordase á las costas de Francia, pues así se acabaría de un solo golpe. Mr. Pozzo di Borgo declaraba en Viena que el delincuente sería cogido de un árbol. Si pudieran verse ciertos papeles, en ellos se encontraría la prueba de que, desde 1814, se urdía una conspiracion militar y marchaba al paso de la conspiracion política que el príncipe de Talleyrand dirigía en Viena á instigacion de Fouché. Los amigos de Napoleon le escribían que si no apresuraba su vuelta, encontraría ocupado su lugar en las Tullerías por el duque de Orleans, y se imaginan que esta revelacion sirvió para precipitar la vuelta de Bonaparte. Estoy convencido de todo esto; pero tambien creo que la causa deter-

minante que decidió á Bonaparte fue simplemente la naturaleza de su genio.

Acababa de estallar la conspiracion de Drouet, de Erlon y de Lefebvre-Desnouettes. Algunos dias antes comia yo en casa del mariscal Soult, ministro de la Guerra, y un necio refería el destierro de Luis XVIII en Hartwell. El mariscal escuchaba, y á cada circunstancia respondía con estas palabras: «Eso es histórico.»—Traían las babuchas de S. M.: «Eso es histórico.»—El rey sorbía tres huevos antes de comer: «Eso es histórico!» Esta respuesta me chocó mucho. Cuando un gobierno no está sólidamente establecido, hay muchos que, segun la mayor ó menor energía de su carácter, se convierten en conspiradores: los sucesos hacen mas traidores que las opiniones.

Revisado en diciembre de 1846.

PRINCIPIO DE LOS CIENTO DIAS.—VUELTA DE LA ISLA DE ELBA.

De pronto anunció el telégrafo á los valientes y á los incrédulos el desembarque del hombre: *Monsieur* corre á Lyon con el duque de Orleans y el mariscal Macdonald, y vuelve inmediatamente. El mariscal Soult, denunciado en la cámara de los Diputados, cede su puesto al duque de Feltre el 11 de marzo. Bonaparte encontró de ministro de la Guerra de Luis XVIII en 1815 al general que habia sido su último ministro de la Guerra en 1814.

El atrevimiento de la empresa era inaudito. Bajo el punto de vista político se podría mirar esta empresa como el crimen irremisible y la falta capital de Napoleon. El sabia que reunidos aun los príncipes en el congreso, que la Europa aun sobre las armas, no sufrirían su restablecimiento: su juicio debía advertirle de que un triunfo, si lo obtenía, no sería mas que de un momento; pero inmolaba á su pasion de reaparecer en la escena el reposo de un pueblo que le habia prodigado su sangre y sus tesoros, y exponía á la desmembracion la patria, de la que tenia todo cuanto fuera en lo pasado y cuanto sería en el porvenir. En esta concepcion fantástica hubo un egoismo ferroz, una falta increíble de agradecimiento y de generosidad hácia la Francia.

Todo esto es cierto, segun la razon práctica, para un hombre de entrañas mas bien que de cabeza; mas para los hombres de la naturaleza de Napoleon, existe una razon de otra especie; esas criaturas de elevada fama tienen un carácter distinto: los cometas describen curvas que se escapan al cálculo, pues no están fijadas en nada ni parecen buenas para nada; si se encuentra un astro á su paso, lo rompen y entran en los abismos del cielo; sus leyes no son conocidas mas que de Dios. Los individuos extraordinarios son los monumentos de la inteligencia humana, y no constituyen la regla.

Bonaparte fue, pues, menos determinado á su empresa por las falsas relaciones de sus amigos que por la necesidad de su genio, y se lanzó á ella en virtud de la fe que en sí mismo tenia. Para un grande hombre no es todo nacer, es preciso morir. ¿La isla de Elba era un fin para Napoleon? ¿Podía aceptar la soberanía de un cuadrado de legumbres como Diocleciano en Salona? Si hubiera esperado á mas tarde, ¿habría tenido mas probabilidades de triunfo, entonces, que hubiera conmovido menos su recuerdo, que hubiesen dejado el ejército sus antiguos soldados y que se hubieran afirmado las nuevas posiciones sociales? ¿Pues bien! el dió una cabezada contra el mundo, y al principio debió creer que no se habia engañado sobre el prestigio de su poder.

Una noche, entre el 25 y el 26 de febrero, al salir

de un baile que daba la princesa Borghese, se evade con la victoria largo tiempo su cómplice y su camarada, atraviesa una mar cubierta de nuestras escuadras, encuentra dos fragatas, un navío de setenta y cuatro y el brick de guerra *Zephyr* que se acerca y le interroga: él mismo responde á las preguntas del capitán; la mar y las olas le saludan, y él prosigue su curso. La cubierta de su pequeño buque, el *Inconstant*, le sirve de paseo y de gabinete, dicta en medio de los vientos y hace copiar sobre aquella mesa agitada tres proclamas al ejército y á la Francia: algunos fanchos, cargados con sus compañeros de aventura, rodeando su barca-almirante, llevan pabellon blanco sembrado de estrellas. El 1.º de marzo á las tres de la mañana aborda á las costas de Francia entre Cannes y Antibes, en el golfo Juan: salta en tierra, recorre la orilla, coge violetas, y vivaquea en una plantacion de olivos. El pueblo, estupefacto, se retira, y evitando Bonaparte entrar en Antibes, se mete en las montañas de Grasse, y atraviesa Seranon, Barreme, Digne y Gap. Veinte hombres pueden prenderlo en Sisteron, pero no encuentra á nadie, y avanza sin obstáculo por entre aquellos habitantes que algunos meses antes habian querido degollarlo. En el vacío que se forma enredador de su sombra gigantesca, si entran algunos soldados, son arrastrados invenciblemente por la atraccion de sus águilas. Fascinados sus enemigos, le buscan y no lo ven, pues se oculta en su gloria como el leon de Sahara en los rayos del sol para evitar las miradas de los cazadores deslumbrados. Envueltos en una nube ardiente, los fantasmas sangrientos de Arcole, de Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Eylau, Moscowa, Lutzen y Bautzen, le forman su comitiva con un millon de muertos. Del seno de esta columna de fuego, salen á la entrada de las ciudades algunos sonidos de clarín mezclados á las señales del lábaro tricolor, y las puertas de las ciudades caen. Cuando Napoleon pasó el Niemen á la cabeza de cuatrocientos mil infantes y de cien mil ginetes para hacer volar el palacio de los czares en Moscou, fue menos sorprendente que cuando rompiendo su destierro, arrojando sus cadenas al rostro de los reyes, vino solo de Cannes á París, á dormir apaciblemente en las Tullerías.

TORPEZA DE LA LEGITIMIDAD.—ARTICULO DE BENJAMIN CONSTANT.—ORDEN DEL DIA DEL MARISCAL SOULT.—SESION REGIA.—PETICION DE LA ESCUELA DE DERECHO A LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Después del prodigio de la invasion de un solo hombre, es preciso colocar otro, que fue el rechazo del primero: la legitimidad cayó desfallecida, y el pasmado del corazón del estado corrió por todos sus miembros, y dejó á la Francia inmóvil. Durante veinte dias, Bonaparte marcha por jornadas; sus águilas vuelan de campanario en campanario, y en un camino de doscientas leguas, el gobierno, dueño de todo, disponiendo del dinero y de los brazos, no encuentra ni el tiempo ni los medios de cortar un puente, de derribar un árbol para retardar al menos una hora la marcha de un hombre á quien las poblaciones no se oponían, pero á quien no seguían tampoco.

Esta torpeza del gobierno parecia tanto mas deplorable, cuanto que la opinion pública en París estaba muy animada y dispuesta á todo, á pesar de la defecion del mariscal Ney. Benjamin Constant escribía en los diarios:

«Después de haber derramado todas las plagas sobre nuestra patria, abandonó el suelo de la Francia. ¿Quién no hubiera pensado que lo dejaba para siempre? De repente se presenta, y promete aun á los franceses la libertad, la victoria y la paz. ¿Autor de la constitucion mas tiránica que haya regido la Francia, habla hoy de libertad! Pero él es quien durante catorce años ha minado y destruido la libertad. El no

tenia la excusa de los recuerdos ni el hábito del poder, pues no habia nacido bajo la púrpura. Ha impuesto la servidumbre á sus conciudadanos; ha encadenado á sus iguales, y como no habia heredado el poder, ha querido y meditado la tiranía; ¿que libertad puede prometer? ¿No somos hoy mil veces mas libres que bajo su imperio? Promete la victoria, y tres veces ha abandonado sus tropas, en Egipto, en España y en Rusia, entregando á sus compañeros de armas á la triple agonía del frío, de la miseria y de la desesperacion. Ha atraído sobre la Francia la humillacion de ser invadida, y ha perdido las conquistas que habíamos hecho antes de él. Promete la paz, y su solo nombre es una señal de guerra. Bastante desgraciado el pueblo para servirle, volvería á ser el objeto del odio europeo, y su triunfo sería el principio de un combate á muerte contra el mundo civilizado. Nada, pues, tiene que reclamar ni ofrecer. ¿Quién podría convencerle ó quién podría seducirle? La guerra intestina, la guerra exterior: hé aquí los presentes que nos trae.»

La orden del dia del mariscal Soult, fecha de 8 de marzo de 1815, repite poco mas ó menos las ideas de Benjamin Constant con una efusion de lealtad:

«Soldados: Este hombre, que hace poco abdicó á los ojos de la Europa un poder usurpado, del cual habia hecho tan fatal uso, ha vuelto al suelo francés, que ya no debía volver á ver mas.

¿Qué quiere? La guerra civil. ¿Qué busca? Traidores. ¿Dónde los encontrará? Será entre esos soldados que ha engañado y sacrificado tantas veces extraviando su bravura? ¿Será en el seno de esas familias, á quienes su nombre solo llena todavía de espanto?

«Bonaparte nos desprecia bastante para creer que podremos abandonar á un soberano legítimo y querido para compartir la suerte de un hombre que no es ya mas que un aventurero. ¿Lo cree el insensato, y su último acto de demencia acaba de manifestarlo!

«Soldados, el ejército francés es el mas valiente de Europa, y tambien será el mas fiel.

«Agrupémonos enredador de la bandera de las lises, á la voz de ese padre del pueblo, de ese digno heredero de las virtudes de Enrique el Grande. El mismo os ha trazado los deberes que teneis que llenar. A vuestra cabeza se pone ese príncipe, modelo de los caballeros franceses, cuya feliz vuelta á nuestra patria ha arrojado ya al usurpador, y que hoy va á destruir con su presencia, su única y última esperanza.»

Luis XVIII se presentó el 16 de marzo en la cámara de los Diputados, donde se trataba del destino de la Francia y del mundo. Cuando S. M. entró, los diputados y los espectadores de las tribunas se levantaron y se descubrieron, conmoviendo una aclamacion las paredes de la sala. Luis XVIII sube lentamente á su trono; los príncipes, los mariscales, los capitanes de guardias se forman á los dos lados del rey; cesan los gritos, todo el mundo calla, y en este intervalo de silencio se creía oír los pasos lejanos de Napoleon. Sentado S. M., mira un momento la asamblea, y pronuncia con voz firme este discurso!

«Señores, en este momento de crisis, en que el enemigo público ha penetrado en una parte de mi reino, amenazando la libertad del resto, vengo en medio de vosotros á estrechar todavía mas los lazos que, uniéndoos conmigo, constituyen la fuerza del Estado: vengo, dirigiéndome á vosotros, á exponer á toda la Francia mis sentimientos y mis deseos.

«He vuelto á ver mi patria, y la he reconcluido con las potencias extranjeras, que no dudeis serán fieles á los tratados que nos han dado la paz: he trabajado en la felicidad de mi pueblo, y he recogido y recojo todos los dias las señales mas inequívocas de su amor: ¿podría terminar mejor mi carrera á los sesenta años, que muriendo en su defensa?

«Nada, pues, temo por mí; pero sí temo por la

Francia: el que viene á encender entre nosotros las antorchas de la guerra civil, también nos trae el azote de la guerra extranjera; viene á poner nuestra patria bajo un yugo de hierro; viene, en fin, á destruir esa Carta constitucional que yo os he dado; esa Carta, no ya un bello título á los ojos de la posteridad, sino Carta que todos los franceses aman, y que yo juro aquí mantener: agrupémonos enrededor de ella.»

Aun hablaba el rey, cuando una nube esparció la oscuridad en la sala, y los ojos se dirigieron hácia la bóveda para buscar la causa de esta noche repentina. Cuando el monarca legislador dejó de hablar, los gritos de ¡viva el rey! comenzaron otra vez en medio de las lágrimas. «La asamblea, dice con verdad *El Moniteur*, electrizada con las palabras sublimes del rey, estaba en pié con las manos extendidas hácia el trono, y solo se oían las voces de ¡viva el rey! morir por el rey! repetidas con un entusiasmo de que participaron todos los corazones franceses.»

¡En efecto, era patético el espectáculo: un rey anciano y enfermo, que, en premio del sacrificio de su familia y de veinte y tres años de destierro, había traído á la Francia la paz, la libertad, el olvido de todos los ultrajes y de todas las desgracias; este anciano patriarca de los soberanos, declarando ante los diputados de la nación que á su edad, y despues de haber vuelto á ver á su patria, no podía terminar mejor su carrera que muriendo por la defensa de su pueblo! Los príncipes juraron fidelidad á la Carta, juramentos tardíos que fueron cerrados por el del príncipe de Condé y por la adhesión del padre del duque de Enghien. Esta raza heroica, próxima á extinguirse; esta raza de espada patricia, buscando detrás de la libertad un escudo contra una espada plebeya, mas jóven, mas larga y mas cruel, ofrecía en razón á una multitud de recuerdos, alguna cosa extremadamente triste.

Conocido que fue el discurso de Luis XVIII, excitó un entusiasmo inexplicable. París era todo realista, y tal permaneció durante los Cien-Días, y las mujeres particularmente eran borbonistas.

La juventud adora hoy el recuerdo de Bonaparte, porque está humillada del papel que el gobierno actual hace representar á la Francia en Europa: la juventud saludaba en 1814 la restauración, porque abatía el despotismo y realizaba la libertad. En las filas de los voluntarios realistas se contaba á Mr. Odilon Barrót, un gran número de alumnos de la escuela de medicina, y la de derecho entera, que el 13 de marzo dirigió la potición siguiente á la cámara de los Diputados.

«Señores: Nos ofrecemos al rey, y á la patria: la escuela de derecho entera pide marchar. Nosotros no abandonaremos ni nuestro soberano ni nuestra constitución, y fieles al honor francés, os pedimos armas. El sentimiento de amor que profesamos á Luis XVIII os responde de la constancia de nuestro patriotismo. Ya no queremos mas hierros; queremos la libertad que tenemos y que vienen á arrancarnos: nosotros la defenderemos hasta la muerte. ¡Viva el rey! ¡Viva la constitución!»

En este lenguaje enérgico, natural y sincero, se siente la generosidad de la juventud y el amor á la libertad. Los que nos dicen hoy que la restauración fue recibida con disgusto y dolor por la Francia toda, son ambiciosos que juegan una partida, ó hombres nacientes que no han conocido la opresión de Bonaparte, ó antiguos mentidores revolucionarios imperializados, que despues de haber aplaudido como los otros á la vuelta de los Borbones, insultan ahora, segun su costumbre, al que ha caído, y vuelven á sus instintos de asesinato, de servidumbre y de policía.

PROYECTO DE DEFENSA DE PARÍS.

El discurso del rey me había llenado de esperanza. Celebrábase conferencias en casa del presidente de la cámara de los Diputados, Mr. Lainé, y en ella encontré á Mr. de Lafayette, á quien jamás había visto sino de lejos y en otra época, en tiempo de la Asamblea Constituyente. Las proposiciones eran diversas, y la mayor parte débiles, como sucede cuando hay peligro. Unos querían que el rey saliese de París y se retirase al Havre; otros hablaban de transportarlo á la Vandée, y algunos decían que era preciso esperar y ver venir: lo que venía era sin embargo muy visible. Yo manifesté una opinion diferente, y ¡cosa singular! Mr. de Lafayette la apoyó con calor: Mr. Lainé y el mariscal Marmont eran también de mi parecer. Yo decía:

—«Que el rey cumpla su palabra, y que se quede en su capital. La guardia nacional está por nosotros; aseguremos de Vincennes, y así tendremos el dinero y las armas. Si el rey sale de París, París dejará entrar á Bonaparte, y Bonaparte dueño de París, es dueño de la Francia. El ejército no se ha pasado entero al enemigo, pues hay muchos regimientos, generales y oficiales que no han hecho traición á su juramento: permanezcamos firmes, y ellos continuarán fieles. Dispersemos la familia real, y que solo quede aquí el rey. Que *Monsieur* vaya al Havre, el duque de Berry á Lille, el duque de Borbon á la Vandée, el duque de Orleans á Metz: ya la duquesa y el duque de Angulema estén en el Mediodía. Nuestros diversos puntos de resistencia impedirá que Bonaparte concentre sus fuerzas. Parapetémonos en París, que ya vienen en nuestro auxilio los guardias nacionales de los departamentos vecinos. En medio de este movimiento, nuestro anciano monarca, bajo la protección del testamento de Luis XVI y la Carta en la mano, permanecerá tranquilo, sentado en su trono en las Tullerías: el cuerpo diplomático se agrupará enrededor suyo; las dos cámaras se reunirán en los dos pabellones del palacio, y la servidumbre del rey acampará en el Carrousel y en el jardín de las Tullerías. Coronaremos de cañones los muelles, y que Bonaparte nos ataque en esta posición; que tome una á una nuestras barricadas; que bombardee á París, si quiere y tiene morteros; que se haga odioso á la población entera, y ya veremos el resultado de su empresa. Resistamos solamente tres días, y la victoria es nuestra: defendiéndose el rey en su palacio, causará un entusiasmo universal, y en fin, si debe morir, que muera digno de su rango, y que la última empresa de Napoleón sea la degollación de un anciano. Sacrificando su vida Luis XVIII, ganará la única batalla que habrá dado, y la ganará en provecho de la libertad del género humano.»

Esta resolución, en apariencia desesperada, era en el fondo muy razonable, y no ofrecía el menor peligro. Siempre estaré convencido de que Bonaparte, encontrando á París enemigo y al rey presente, no habría intentado penetrar. Sin artillería, sin víveres, sin dinero, solo llevaba tropas reunidas á la ventura, vacilantes aun y sorprendidas del cambio brusco de escarapela, y de sus juramentos pronunciados en medio de los caminos. Algunas horas de tardanza perdían á Bonaparte, y solo se necesitaba para ello un poco de corazón. Ya podía contarse con una parte del ejército: los dos regimientos suizos permanecían fieles, y el mariscal Gouvion Saint-Cyr hizo tomar la escarapela blanca á la guarnición de Orleans, dos días despues de la entrada de Bonaparte en París. De Marsella á Burdeos; todo reconoció la autoridad del rey durante el mes de marzo entero, y las tropas de Burdeos que vacilaban, se habrían quedado con la

señora duquesa de Angulema, si les hubiesen dicho que el rey estaba en las Tullerías, y que París iba á defenderse: entonces también las ciudades de provincia habrían imitado á París. El diez de línea se batió muy bien, á las órdenes del duque de Angulema, Massena se mostraba cauteloso é incierto, y la guarnición de Lille respondió á la viva proclama del mariscal Mortier. Si todas estas pruebas de una fidelidad posible tuvieron lugar, á despecho de una fuga, ¿qué no habrían sido en el caso de una resistencia?

Adoptado mi plan, los extranjeros no hubiesen devastado de nuevo la Francia, nuestros príncipes no habrían vuelto con los ejércitos enemigos, y la legitimidad se habría salvado por sí misma. Una sola cosa habría sido de temer despues del triunfo: la gran confianza de la monarquía en sus fuerzas, y por consiguiente ataques contra los derechos de la nación.

¿Por qué nací en una época en que estaba tan mal colocado? ¿Por qué he sido realista contra mis instintos, en un tiempo en que una miserable raza de corte, no podía comprenderme? ¿Por qué he caído en medio de ese tropel de medianías que me tomaban por un calavera, cuando hablaba de valor, y por un revolucionario cuando hablaba de libertad?

El rey no tenía ningun temor y aun le agradaba bastante mi plan por cierta grandeza á lo Luis XIV; pero entre tanto, se embalsaban los diamantes de la corona (en otro tiempo adquiridos del tesoro particular de los soberanos), dejando treinta y tres millones de escudos y cuarenta y dos millones en efectos. ¿Estos setenta y cinco millones, eran el producto de la contribución; por qué no se le devolvía al pueblo, en vez de dejarlo á la tiranía?

Todo era confusión en las escaleras del pabellón de Flora, y todos preguntaban y nadie respondía: yo he visto jóvenes llorar de furor pidiendo inútilmente órdenes y armas, y he visto mujeres ponerse malas de cólera y de desprecio; pero acercarse al rey era imposible, porque cerraba las puertas la etiqueta.

La gran medida decretada contra Bonaparte fue una orden de perseguirlo: ¡Luis XVIII, sin piernas, perseguir al conquistador del mundo! Esta fórmula de las antiguas leyes, renovada en esta ocasión, bastó para demostrar el alcance de la inteligencia de los hombres de Estado de esta época. ¿Perseguir en 1815! ¿Y á quién? ¿A un lobo? ¿A un jefe de bandidos? ¿A un señor alevé? ¡No; á Napoleón, que había perseguido á los reyes y marcádonos para siempre en el hombro con su N indeleble!

De esta ordenanza, considerada de mas cerca, salía una verdad política que nadie veía: la raza legítima, extraña á la nación por espacio de veinte y tres años, había permanecido en el día y en el lugar en que la revolución la sorprendiera, mientras que la nación había marchado en el tiempo y en el espacio. De aquí la imposibilidad de entenderse: religión, ideas, intereses, lenguaje, tierra y cielo, todo era diferente para el pueblo y para el rey, porque ya no estaba en el mismo punto del camino sino separados por un cuarto de siglo, equivalente á siglos.

Pero si la orden de perseguir parece extraña por la conservación del antiguo idioma de la ley, tuvo Bonaparte intención de obrar mejor, empleando un nuevo lenguaje. Ciertos papeles de Mr. de Hauterive, inventariados por Mr. Artaud, prueban que costó mucho trabajo impedir que Napoleón hiciese fusilar al duque de Angulema, no obstante el documento oficial del *Moniteur*: él encontraba mal que este príncipe se hubiera defendido. Y, sin embargo, el fugitivo de la isla de Elba, al salir de Fontainebleau, había encargado á los soldados que fuesen fieles al monarca que la Francia se había elegido. La familia de Bonaparte había sido respetada; la reina Hortensia había aceptado de Luis XVIII el título de duquesa de Saint Leu, y Murat, que aun reinaba en Nápoles, no

habría visto vendido su reino sino por Mr. de Talleyrand durante el congreso de Viena.

¡Deplorable época, en que á todos falta la franqueza, y en que solo la juventud es sincera, porque aun toca á su cuna! Bonaparte declara solemnemente que renuncia á la corona; se marcha y vuelve al cabo de nueve meses: Benjamin Constant imprime su enérgica protesta contra el tirano, y cambia en veinte y cuatro horas; el mariscal Soult anima á las tropas contra su antiguo capitán, y algunos días despues se rie á carcajadas de su proclama en el gabinete de Napoleón en las Tullerías, y es mayor general del ejército en Waterloo; el mariscal Ney besa las manos del rey, jura llevarle á Bonaparte encerrado en una caja de hierro, y entrega á este todos los cuerpos que manda. ¡Ay! ¿Y el rey de Francia?.. Declara que á sesenta años no puede terminar mejor su carrera que muriendo en defensa de su pueblo... ¡y huyó á Gante! Al ver esta imposibilidad de verdad en los sentimientos, este desacuerdo entre las palabras y las acciones, se siente uno acometido de disgusto hácia la especie humana.

El 20 de marzo, Luis XVIII pretendía morir en medio de la Francia, y, si cumple su palabra, aun podía durar la legitimidad un siglo: la naturaleza misma parecía haber quitado al viejo rey la facultad de retirarse, encañéndolo con achaques de salud; pero los destinos futuros de la raza humana hubiesen sido trabados por el cumplimiento de la resolución del autor de la Carta. Bonaparte acudió en auxilio del porvenir: este Cristo del mal tomó por la mano al nuevo paralítico, y le dijo: —«Levantaos y llevaos vuestro lecho: *Surge, tolle lectum tuum.*»

FUGA DEL REY.—MARCHO CON MAD. DE CHATEAUBRIAND.

—DIFICULTADES DEL CAMINO.—EL DUQUE DE ORLEANS Y EL PRÍNCIPE DE CONDÉ.—TOURNAY, BRUSELAS.—RECUERDOS.—EL DUQUE DE RICHELIEU.—EL REY ME HACE LLAMAR Á GANTE.

Es evidente que se meditaba una fuga: en el temor de ser detenidos, no se avisaba ni aun á aquellos que, como yo, habrían sido fusilados una hora despues de la entrada de Napoleón en París. En los Campos-Eliseos encontré al duque de Richelieu, y me dijo: —«Nos engañan, amigo, y yo me marchó, porque no pienso esperar solo al emperador en las Tullerías.»

Mad. de Chateaubriand había enviado un criado al Carrousel, con orden de no volver sino con la certidumbre de la fuga del rey, y como á media noche no hubiera vuelto, me fui á acostar. Acababa de meterme en la cama, cuando entró Mr. Clausel de Coussergues, y nos dijo que S. M. había marchado, que se dirigía hácia Lille. Llavábame esta noticia de parte del canceller, el cual, sabiendo el peligro en que yo estaba, violaba por mí el secreto, y me enviaba doce mil francos, á descontar de mis sueldos de ministro en Suecia. Pero yo me obstiné en quedarme hasta estar cierto de la salida del rey: el doméstico enviado á la descubierta volvió, y habiendo visto desfilir los coches de la corte, Mad. de Chateaubriand me hizo meter en su carruaje, el 20 de marzo á las cuatro de la mañana. Yo estaba en tal acceso de rabia, que no sabía dónde iba ni lo que hacia.

Salimos por la puerta de Saint-Martin. Al alba ví dos cuervos bajar apaciblemente de los olmos del camino, donde habían pasado la noche, para buscar en los campos su primer elemento, sin cuidarse de Luis XVIII ni de Napoleón: ellos no se veían obligados á abandonar su patria, y gracias á sus alas, se burlaban del camino en que yo estaba embarazado. ¡Antiguos amigos de Combourg, mas nos parecíamos en otro tiempo, cuando al nacer el sol almorzábamos moras silvestres en nuestros zarzales de Bretaña!

El camino estaba en muy mal estado, el tiempo